
SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 • 9 DE MAYO DE 1999 • AÑO II Nº 78

MI AMIGO JUAN

Juan Gelman, una de las grandes voces poéticas de América latina, acaba de publicar Nueva prosa de prensa, *una recopilación de sus artículos periodísticos, la mayoría de ellos aparecidos en* **Página/12**. *Durante la presentación del libro sostuvo una conversación con Horacio Verbitsky y con el público presente.* Radarlibros *registró esa charla colectiva y a continuación reproduce los tramos más importantes.*

por Horacio Verbitsky

Sobre *Nueva prosa de prensa*, el libro que hoy presentamos, no voy a decir muchas cosas porque los libros hay que leerlos; todo lo que se diga sobre los libros tiene menos valor que los libros en sí mismos, sobre todo cuando los libros son tan valiosos como éste. Prefiero hablar un poco de Juan Gelman, y de tantos recuerdos y tantas cosas compartidas. La otra noche estábamos comiendo con Juan y la presencia de mis dos hijos –el mayor de ellos tiene 32 años– era una medida objetiva del tiempo que hace que nos conocemos, porque la noche que ese hijo nació yo tenía necesidad de hablar sobre lo que significa un nacimiento y sobre todo lo que hay implícito en un nacimiento, todo lo que un nacimiento significa respecto de la vida pero también respecto de la muerte, y lo llamé a Juan. Y cuando la madre y el chico ya estaban durmiendo nosotros nos fuimos a tomar unas ginebras al café de la esquina y nos quedamos hablando hasta el amanecer. Los temas que están en el libro que hoy presentamos son los temas del diálogo que venimos manteniendo desde hace más de 35 años –interrumpido en los años de la dictadura, durante los cuales ni yo sabía cómo encontrar a Juan ni él sabía cómo encontrarme a mí porque estábamos, él fuera del país y yo dentro, los dos más o menos clandestinos–. Cuando retomamos ese diálogo, antes de que terminara la dictadura, lo hicimos a través de una correspondencia que desde entonces no hemos interrumpido aunque hayan cambiado los medios por los que la cursamos.

Yo trabajaba en una revista semanal que se llamaba *Confirmado* y un amigo común me dijo que Juan estaba buscando trabajo. Yo no lo conocía personalmente pero admiraba profundamente su poesía. Nos conocimos en esa redacción organizada de apuro, donde había gente de muy distintas procedencias. Yo era el jefe de redacción pero, salvo dos redactores, el resto me duplicaban en edad, lo cual era una situación un poco incómoda, un poco difícil de manejar. Y Juan era una figura intimidatoria, porque ya entonces era un gran poeta y un gran personaje. Recuerdo la primera nota que le encargué a Juan. Le expliqué lo que quería. Juan dijo "sí, sí" y, vencido el plazo (creo que al día siguiente) trajo una nota que era exactamente lo que yo le había encargado, pero mucho mejor. Eso no pasa con cualquier periodista sin experiencia profesional (Juan había hecho periodismo, pero periodismo político. No había trabajado en medios comerciales. Y lo hizo a la perfección, como hace todo).



NOTICIAS DEL MUNDO

"Soñé que me compraba un misil y podía participar en el homenaje de la OTAN al nuevo orden internacional". Estas fueron las palabras del escritor uruguayo Eduardo Galeano (foto), al recibir el Premio a la Libertad Cultural de la Fundación Lannan, que se entrega por primera vez y al que Galeano calificó como "un premio a la diversidad cultural". El acto tuvo lugar en Nuevo México, el autor recibió 250 000 U$S y otros 100 000 U$S fueron entregados por la Fundación Lannan a organizaciones sociales seleccionadas por el premiado. ¿Cómo terminó el sueño? "Me desperté cuando me di cuenta de que no me alcanzaba el dinero, y necesitaría cuatro o cinco premios para comprarme un misil", concluyó Galeano.

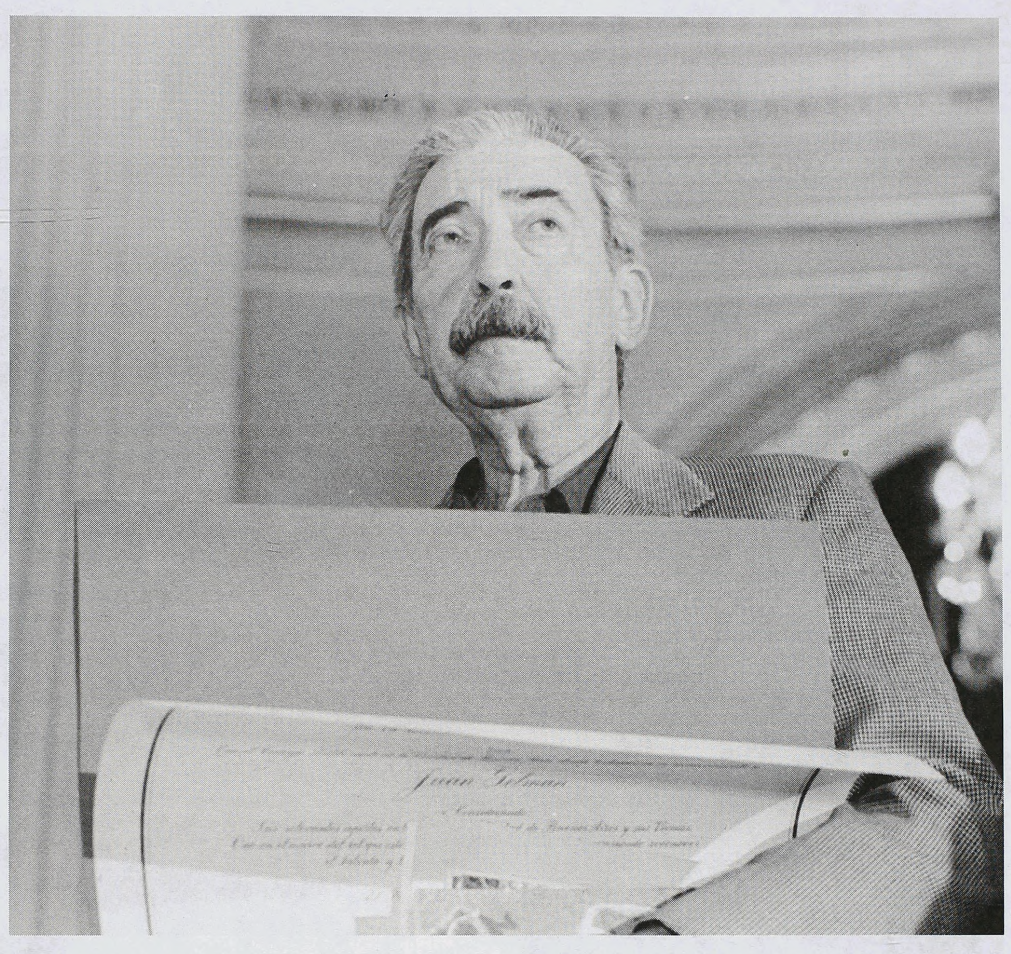
En el Vaticano se anunció que el Papa, Juan Pablo II, escribió una carta de 41 páginas, dirigida a sus colegas, los artistas. La epístola pontificia está dividida en tres partes, la primera con una perspectiva teológica, la segunda histórica y la tercera ético-existencial. Insiste el Papa sobre la responsabilidad del arte y de los artistas, y opina desde su propia experiencia como poeta y dramaturgo. Recorriendo la historia del arte, el Pontífice polaco describe el arte como "una especie de puente abierto hacia la experiencia religiosa". En la última parte de la carta, Juan Pablo afirma que la Iglesia necesita del arte y luego pregunta "¿el arte tiene necesidad de la Iglesia?". Pobre Papa, todo el mundo sabe que no.

Tiembla Perec. Usando 4000 palabras diferentes, todas comenzando con la letra O, el ruso Nikolai Koultiapov ha logrado escribir una novela de 82 páginas, titulada *Olguien Ostrov* (*La isla de Olga*). Koultiapov, que en su época fue subcoronel de la KGB, se ha dedicado a escribir novelas policiales, pero ahora cambió esta pasión por otra. En un cajón de su escritorio espera otro manuscrito, todo con palabras que empiezan por P.

Se sospecha que el escritor chino Lao Tse no se suicidó, como cuenta la versión oficial. Ahora, se estima más probable que fuera asesinado por los *guardias rojos* en 1966, durante la Gran Revolución Cultural Proletaria. Esta noticia aparece cuando el régimen chino realiza pomposos festejos con motivo del primer centenario del nacimiento del escritor. Lao Tse, que llegó a ser presidente de la Asociación de Escritores, fue un fiel comunista que denunció a varios colegas. Poco antes de morir, sin embargo, fue duramente criticado por los jóvenes maoístas de la época.

El italiano Alessandro Baricco, que alcanzó renombre internacional por su novela *Seda*, ha lanzado ahora *City*, una novela ultramoderna donde la tecnología tiene un lugar privilegiado. Tal vez por eso, Baricco decidió "atender" a la prensa y a sus lectores sólo a través de Internet. "La capacidad de guardar silencio está estrechamente unida con la honestidad en una profesión como la mía", explica Baricco en su página de Internet en la que se reproduce, también, el prólogo de la novela que se puso en venta el jueves pasado.

En la edición anterior de *Radarlibros* se reseñaban en esta misma sección los libros más vendidos en Lisboa, después de la obtención del Premio Nobel por José Saramago. Otro de los aspirantes al Nobel, el igualmente portugués Antonio Lobo Antúnez, es autor de *Manual de Inquisidores y Libro de Crónicas*, entre los predilectos por el público de Portugal. Un par de líneas de ese comentario se perdieron y esos títulos quedaron atribuidos a José Saramago. Intolerable error, teniendo en cuenta que ambos escritores se odian con fervor. Por fortuna, varios lectores de *Radarlibros* notaron el deslizamiento.



Después seguimos viéndonos en *La Opinión*, ya unos cinco o seis años después, donde Juan dirigió el suplemento cultural del diario. Luego nos encontramos en el diario *Noticias*, que marcó una época en el periodismo argentino aunque duró poco, clausurado por el comisario Alberto Villar, fundador de la Triple A. Después, los años de la militancia política, tema del cual en general se habla poco: hay todavía una dificultad para hablar de esas cosas. Nosotros fuimos compañeros de trabajo y también compañeros de militancia, y eso dio una mayor intimidad a nuestra relación. Ahora trabajamos juntos en **Página/12**. A lo largo de todos estos años Juan ha sido (para mí personalmente, pero para los lectores en forma indirecta) una presencia constante que ha traído, en medio de la superficialidad, del apuro con el que en general se hace el periodismo, una dimensión muy profunda de reflexión sobre las cosas que importan y que van a permanecer mucho más allá de lo que permanezcan las hojas de las revistas y los periódicos en los cuales esas cosas se publicaron, y que tienen que ver con los mismos temas de aquella conversación que yo les citaba al principio: tienen que ver con el sentido de la vida, tienen que ver con la muerte y tienen que ver con la palabra. En varios de los artículos recopilados en este libro, Juan habla de la herida de la palabra. En el caso de Juan, esa relación es el eje ordenador de todo lo demás, tanto en su tarea como periodista como en su obra poética, que es en buena medida una reflexión sobre la palabra con prescindencia de las modas y de los estilos. Ese es un hilo conductor en la obra de Juan; también está presente, en toda su obra, un dolor muy profundo. Su actitud es de indagación frente a algo que es y que no se sabe por qué es: es un misterio. La palabra puede ser el hilo para tratar de llegar un poco más cerca del misterio que nunca va a alcanzar a revelar. En la Argentina de los años posteriores a cuando nos conocimos, el sufrimiento presente en la obra de Juan se convirtió en una realidad abrumadora, masiva, que cubrió todo el territorio nacional, que marcó las vidas de todos.

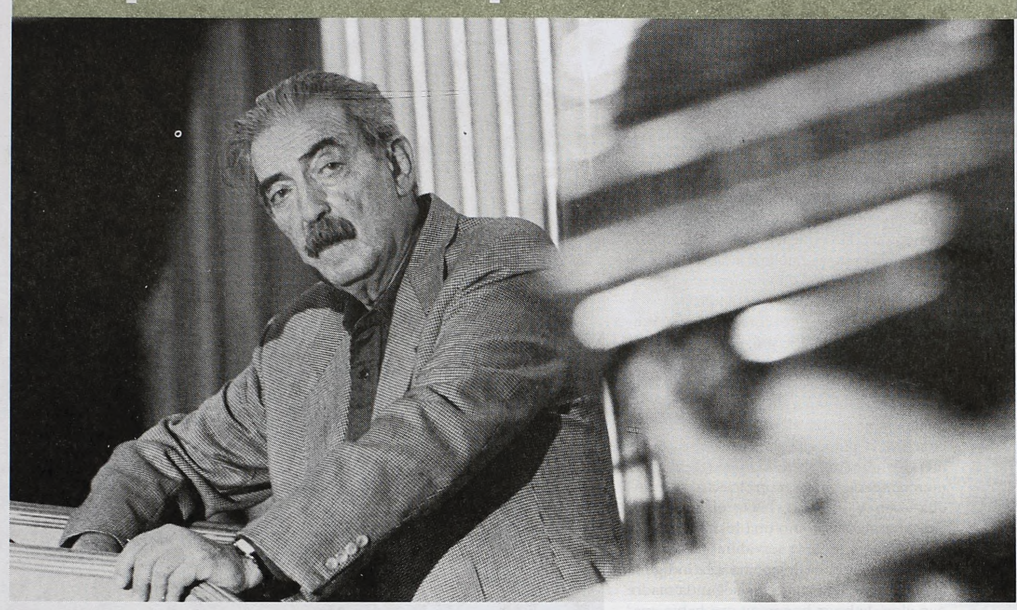
> "Me gusta pensar en la distancia entre la palabra y la cosa que nombra, lo cual convierte la escritura en un territorio enigmático que cada quien investiga como puede o según los medios que tiene."

En *Nueva prosa de prensa* Juan escribe, como hace constantemente en su obra poética, a partir de lecturas y relecturas de las obras de terceros: de escritores, pero también de músicos, de pintores, de inventores, de artistas, que son de alguna manera los Virgilios a los que recurre para orientarse en los distintos círculos del Infierno. Permanentemente realiza rupturas cronológicas y pasa de Leonardo da Vinci al indulto, y trata de entender todas esas cosas, más allá de la contingencia y de lo inmediato. Por eso es tan eficaz como periodista. Su obra periodística tiene tanta trascendencia temporal como su obra poética, porque Juan es capaz de comprender (y así lo escribe) que los temas de nuestra trágica cotidianidad son tan antiguos como la vida de Safo de Lesbos o de Eric Satie.

Juan Gelman: Recuerdo muy bien esa noche a la que te referís, en la que tocamos efectivamente todos esos temas, ahí nuestro recuerdo coincide. En lo que se refiere a la primera nota, no coincide. Eras un secretario de redacción joven y temible. Temible por lo que siempre te caracterizó: el rigor. La nota que me encargaste era sobre las conferencias que se pronuncian en la ciudad de Buenos Aires. La recuerdo muy bien porque en aquel entonces se pronunciaban seiscientas conferencias por día, de todos los colores, de todos los olores, con todos los temas que uno podía pedir. Efectivamente Horacio me explicó cómo quería la nota, la hice siguiendo sus pautas. Y me la rechazó. *Tenés que poner esto acá, aquello allá* y todo lo demás. Entonces volví y rehíce la nota. Y él la vio y me dijo: *no, mirá, esto tiene que ser así, tiene que ser asá.* Yo aprendía al lado de Horacio el rigor de la escritura periodística, pero también el rigor de una investigación.

A veces se menosprecia la escritura periodística, suponiendo que no es "literaria", que se limita a la coyuntura. Es verdad que la escritura periodística es coyuntural, pero yo creo que es un género literario. Todo depende de quién escribe, como en todas las artes. Tengo que recordar a un gran periodista, a un gran escritor, que nos precedió en todo esto: Rodolfo Walsh. El nos enseñó que el rigor de la escritura, el rigor de la investigación y el rigor de la vida formaron siempre una única cosa. Para mí, y estoy seguro que para Horacio y para muchos otros que practicamos este oficio, es un ejemplo absolutamente inolvidable.

El pueblo quiere saber



Las preguntas que a continuación contestan Juan Gelman y Horacio Verbitsky fueron formuladas por el público que asistió al acto de presentación de Nueva prosa *de prensa en la Feria del Libro.*

¿La variedad temática no vuelve al libro demasiado heterogéneo?

JG: –Yo diría que hay un alto grado de heterogeneidad en los temas. Pero no me convierto en otro cuando tengo que escribir una nota, así que –espero– hay una homogeneidad de fondo. Y además quiero creer que hay una homogeneidad de escritura, que es un aspecto muy importante en todo esto. El tema de la palabra que mencionaba Horacio.

HV: –El libro se puede leer como el largo monólogo interior de los personajes de una novela cuya trama no conocemos. En eso reside su homogeneidad.

¿Cómo enfoca el tema de la palabra en el libro?

JG: –Me gusta pensar en la distancia entre la palabra y la cosa que nombra, lo cual convierte la escritura en un territorio enigmático que cada quien bucea o investiga como puede o según los medios que tiene. A mí en materia poética el que me parece el mayor poeta en la lengua castellana, hasta hoy, es San Juan de la Cruz, porque dice lo que dice y dice lo que calla, y eso le permite callar lo que dice. Entonces digamos que ésta es mi concepción –no es una concepción científica o semiótica, pero es lo que en todo caso pienso.

¿Qué piensa sobre la poesía joven argentina actual?

JG: –Siempre he creído que la poesía argentina, a lo largo del tiempo, ha gozado de muy buena salud. Hay muy buenos poetas jóvenes, de esto no cabe duda alguna. Y el tema de las dificultades de publicación pareciera ser un tema permanente para la poesía. En los años cincuenta, cuando había más dinero y las editoriales eran más fuertes, un grupo de poetas tuvimos que reunirnos en cooperativa y vender por anticipado los primeros libros de cada uno que íbamos a sacar. Yo creo que desgraciadamente esa situación no ha cambiado mucho.

¿Qué recuerdo tiene de Osvaldo Soriano?

HV: –Los que lo quisimos mucho tenemos muy buenos recuerdos. Yo me lo acuerdo escondiéndose detrás de las columnas de *La Opinión* para que no le encargaran una nota porque quería escribir sus libros. Eso, cuando era gordo y no lo llamaban Gordo. Después pasó a ser el Gordo, aun cuando era flaco, o casi.

JG: –Ocultarse detrás de una columna de *La Opinión* siendo gordo no era pequeña hazaña. Trabajamos juntos en el suplemento cultural de *La Opinión*, y además en la sección de artes y espectáculos. Al Gordo le interesaba mucho el fútbol –mejor dicho, le interesaba mucho San Lorenzo– y escribió cosas memorables en ese sentido. Creo que, por primera vez en el periodismo argentino se trató con calidad el tema del fútbol. Y hablo de comienzos de los setenta. Lo demás son anécdotas personales.

HV: –Yo pocas veces me he reído tanto como mientras leía *A sus plantas rendido un león.*

¿Qué relación tiene usted con su obra, con los libros ya publicados?

JG: –En general trato de no tener ninguna.

¿Qué opina de la Feria del Libro?

JG: –Me parece que hay dos aspectos para plantearse. Lo saludable es que la cantidad de gente que la visita evidencia un interés. No todo el mundo que viene aquí compra libros –a lo mejor porque no puede–, pero por lo menos quiere ver, quiere saber qué es lo que ocurre. Y lo que realmente no es sano, por ejemplo, es el hecho de que aquí vengan niños, del interior incluso, que se van de acá sin un libro. Bien podrían las editoriales donar una parte de su producción para que el interés que esta Feria produce en los niños se traduzca en algún fruto. Yo no sé cuántos astrónomos, científicos y escritores en potencia hay en esos niños que vienen acá y se asoman y se maravillan con lo que ven, pero después no pueden cumplir un destino posible.

¿Quién y en qué obra puede rescatar el espíritu con el que se vivía en la década del setenta, que no sólo es el dolor, la tragedia, sino también la alegría con que se vivía, con la que se creaba, con la que se militaba en aquella época?

JG: –No siempre se expresa, creo, una catástrofe, un tema, hablando del tema. A mí hay un escritor que me maravilla que es el japonés Kenzaburo Oé. En todas sus novelas está presente, de un modo muy sobrecogedor, la tragedia de Nagasaki e Hiroshima, sin que Kenzaburo mencione el tema. La pregunta es muy buena, la respuesta es muy difícil.

HV: –Algunos libros de ficción han narrado esos años y no alcanzan el nivel de emoción e intensidad de una mera crónica, porque los hechos fueron demasiado fuertes. Es cierto que vivimos esa época con gran intensidad y alegría. Pero todo terminó tan espantosamente mal que en el recuerdo es imposible omitirlo. Sólo podemos recuperar ese clima en conversaciones íntimas, en las que referirnos a eso no implica ignorar lo demás. Pasará mucho tiempo antes de que una obra pueda reflejarlo. Pero si hay alguien que lo logró fue Juan en el libro de poemas dedicado a su hijo. Ahí están toda la alegría y todo el dolor.

¿Por qué escribe?

JG: –Lo que yo le puedo decir es que yo escribo poesía por necesidad, nada más. Es lo único que puedo decir. La poesía es una señora muy caprichosa, anda ocupada con centenares y centenares de poetas de todo el mundo, de manera que cuando golpea la puerta hay que recibirla.♣

> "A veces se menosprecia la escritura periodística, suponiendo que no es 'literaria', que se limita a la coyuntura. Es verdad que la escritura periodística es coyuntural, pero yo creo que es un género literario."



EL EXTRANJERO

BRUCE CHATWIN
Nicholas Shakespeare
Harvill
592 págs., 20 libras

En un principio, nada más aparentemente innecesario que una biografía de Bruce Chatwin porque, se supone, estaba todo allí: en sus inclasificables libros. Y en la leyenda que supo construir. La cosa se complica –y la biografía se hace necesaria– cuando se descubre (en realidad siempre se lo sospechó) que Bruce Chatwin era un mentiroso compulsivo. Lo que no está mal para un escritor inglés pero puede convertirse en una virtual pesadilla para un biógrafo. El novelista británico Nicholas Shakespeare aceptó el reto y, así, su biografía se lee como uno de esos *thrillers* donde todos hablan y se contradicen y parecen ofrecer partes de un rompecabezas que nunca llega a completarse del todo porque la pieza clave se la llevó el muerto quién sabe a dónde. Algo así como Citizen Chatwin.

Antes de consagrarse con el libro *In Patagonia* en 1977 –destinado a cambiar la literatura de viajes tal como se la conocía hasta entonces–, Bruce Chatwin (1940-1989) fue demasiadas cosas para demasiadas personas y en las casi seiscientas páginas de este libro aparecen todas ellas –hablando desde las noches locas del Swinging London a la compulsiva New York yuppie de los '80 pasando por Brasil, Gales y Australia– como si se tratara de las muchas facetas de un diamante imperfecto observado a contraluz: hijo cariñoso, alumno mediocre, joven prodigio de la casa de remates Sotheby's, antropólogo y fotógrafo aficionado, periodista estrella del *Sunday Times*, homosexual rampante y amantísimo esposo sui generis, amigo difícil pero fiel, *best seller* de prestigio y –por encima de todo– obsesionado por descubrir qué había detrás de la condición nómade del ser humano. De ahí que Bruce Chatwin no se quedara nunca quieto y que –justiciera y paradójicamente– Nicholas Shakespeare se viera obligado a seguir el mapa de sus travesías histéricas por el mundo como un discípulo asombrado tras los pasos de la fotografía movida de su profeta. Con completo acceso a papeles personales del autor extraña, sí, la cantidad de erratas en nombres de personas y lugares. Así, por ejemplo, en uno de los diarios de Chatwin aparece la sombra terrible de un tal Oswaldo Beyer "autor de *La Patagonia Trágica*". Pero son detalles menores –accidentes imperceptibles– en un paisaje y un viaje que se va revelando como un juego de cajas chinas donde todos tienen una anécdota que contar porque todos conocieron a Bruce Chatwin. Así, Salman Rushdie –quien, se sabe, no tiene el elogio fácil– dice que "de todos mis contemporáneos él poseía la más erudita y tal vez la más brillante mente con que jamás me he cruzado". Susan Sontag lo define como alguien a quien "era imposible dejar de mirar; el estómago se te iba a los pies, el corazón te fallaba, una no estaba preparada para eso. Lo experimenté antes con Jack Kennedy. Y lo de Bruce funcionaba en ambos sexos". La biografía de Nicholas Shakespeare –que en la actualidad ocupa los primeros puestos del ranking *non fiction* en el Reino Unido– culmina con la tremenda agonía del escritor sucumbiendo al sida, pero va un poco más allá. En el último capítulo, "El Efecto Chatwin", explica los cómos y porqués de una leyenda que parece aumentar con cada año que pasa: Chatwin vende cada vez más y se ha convertido en una suerte de chamán para las nuevas generaciones de viajeros que llegan, por ejemplo, a un sitio llamado Kardamyli y se encuentran con un anciano camarero griego que recuerda y sonríe y lo dice todo: "Ah, Chatwin, el Dios Inglés".

Rodrigo Fresán



ENVIDIA

Elena Poniatowska, autora de *Hasta no verte, Jesús mío*, da rienda suelta a sus más bajos sentimientos sin ningún tipo de reparo.

Nacida en París, pero nacionalizada mexicana, amiga de Octavio Paz, Luis Buñuel y Diego Rivera, Elena Poniatowska no espera demasiado una vez formulada la pregunta para comenzar a envidiar, como si ése fuera uno de sus pasatiempos predilectos. "Me hubiera gustado escribir *La obra en negro* y *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar", dice de un tirón. "Con *Memorias de Adriano* se despierta mi envidia como periodista, porque de ese libro me interesa mucho la capacidad de investigación y luego de transformación del material. Me parece un libro de una erudición y de una inteligencia maravillosas", dice la autora de *La noche de Tlatelolco*, donde relata la masacre de estudiantes mexicanos en 1968.

A la hora de los balances, la autora de *Fuerte es el silencio* no se limita a las novelas: "Me gustaría mucho haber escrito poesía, me hubiera encantado haber escrito como Alfonsina Storni o Juana de Ibarbourou", se permite decir, discretamente nostálgica, para enseguida volver a las novelas, intentando, en vano, dividir la literatura por épocas o regiones, para poder envidiar mejor. "De mis contemporáneos hay una novela llamada *Las posibilidades del odio* de María Luisa Fuga, una escritora amiga mía a la que quiero muchísimo. También me hubiera gustado que se me ocurriera a mí. De los clásicos latinoamericanos, por ejemplo, envidio *Batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco, y *Libertad bajo palabra*, de Octavio Paz. O *Aura* de Carlos Fuentes, donde me fascina la posibilidad de misterio. Me fascinó que en un relato relativamente breve pudiera contar una historia del modo que lo hace. Yo tengo una cierta fascinación cuando leo la brevedad. Igual que en el caso de Jorge Luis Borges. Me hubiera encantado escribir *El Aleph*. Y me hubiera encantado, también, escribir el último libro que leí de Antonio Tabucchi, *Sostiene Pereira*. ¡Todos, miles!", se entusiasma Poniatowska. "Moriré envidiando libros."

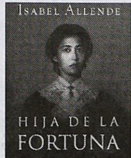
P. M.

WEBEANDO

Fundada en 1957, la librería Santa Fe inauguró su sitio en Internet (**www.lsf.com.ar**) para estar a tono con los tiempos de la globalización. El sitio, diseñado con el formato de un libro, permite acceder a la base de datos de la librería y curiosear a gusto. Así, las búsquedas puede realizarse por título, autor o palabras claves. Identificado un libro, una ficha suministra datos más completos (precio, número de páginas o editorial). Clickeando en el icono del "changuito" se pueden agregan títulos a la lista de compras, que pueden realizarse *on line*. Los pagos pueden realizarse mediante tarjeta de crédito, giro postal o contra reembolso. Los libros, naturalmente, son enviados al domicilio del cliente.

Entre otras virtudes, el sitio ostenta la posesión del catálogo completo de Editorial Alianza, con las colecciones Alianza Cien, Libro de Bolsillo, Minibolsillo, Alianza Forma y Alianza Tres, entre otras. Dato más que interesante para tener en cuenta.

La chica del bandolero



LA HIJA DE LA FORTUNA
Isabel Allende
Planeta
Buenos Aires, 1999
428 págs. $ 21

por Ariel Dilon

La hija de la fortuna —último opus de la chilena Isabel Allende— es un libro de peso: 830 gramos según el amable verdulero de Flores que prestó su instrumental para la verificación. Basta llevar bajo el brazo este paralelepípedo de 25 x 16 x 3 cms durante toda una mañana, y pensar en los miles de damas y caballeros que se sentirán seguramente convocados a emprender las 428 páginas de la travesía, para juzgarnos llamados al compasivo deber de la disuasión.

La novela cuenta la historia de Eliza Sommers, una niña abandonada, recién nacida, en la puerta de la casa de los Sommers —hermana y hermano ingleses, comerciante él, mujer con "cierto pasado" ella— en Valparaíso, hacia el año 1832. Criada a medias como una hija y a medias como una parte de la servidumbre —desde pequeña ayudó en la cocina a la indígena Mama Fresia, una suerte de segunda madre con algo de bruja buena que ya había aparecido en otra novela de una narradora latinoamericana, *Como agua para chocolate*, aquella vez bajo el nombre de Macha—, Eliza crece sin conocer su verdadero origen. Ya una muchacha formada, descubrirá el amor, con sus abrasadores deleites y sinsabores, junto a un romántico joven pobre y revolucionario al que la desesperación empujará a robar y a huir hacia California en plena fiebre del oro. Poco después, huyendo de sus padres adoptivos, Eliza viaja de polizón en otro barco, tras los pasos del amado. Embarazada, helada en la oscura cala de la nave, aborta con ayuda de un oportuno médico chino, Tao Chi'en, y desembarca en San Francisco disfrazadita de hombre (previsión de quienes la asisten para que la chica atraviese a salvo las acechanzas de los tratantes de blancas).

Desde entonces recorrerá las anchurosas tierras del norte convertida en Elías Andieta, el chilenito, acompañando a una madama buenísima y a sus queridas prostitutas —que no sospechan nada y que luego, felizmente, abandonan la mala senda— por un peligroso mundillo de bandidos, oportunistas, buscadores de oro y mujeres de la vida; aprendiendo en esa escuela de la calle montones de cosas —tales como medicina y meditación, y perfeccionando su inglés y sus conocimientos musicales— mientras busca a su amado Joaquín Andieta, de quien (para disimular) dice ser hermano. Entretanto, este último se ha trocado en el legendario Joaquín Murieta, suerte de Robin Hood de América que ciertamente existió, y al que Pablo Neruda dedicó una



LA APUESTA COMERCIAL PUEDE O NO ESTAR EN SUS CÁLCULOS, PERO ES UN DATO PREVIO DE LA ESCRITURA.

obra de teatro (*Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*. En el final de la pieza, la cabeza de Murieta, cercenada por los cazadores de recompensas, habla).

Andieta o Murieta, chileno o mexicano, forajido o revolucionario, benefactor de los pobres o salvaje asesino, tal vez aquel muchacho idealista y austero, con aspecto de torero español, que Eliza amó y cuya búsqueda la hizo crecer fuerte, sabia y feliz, es el único personaje de la novela cuyo periplo existencial sobrevive al imperativo de algún interés. Los demás, y para empezar Eliza, cumplen con las etapas de un *tour* diseñado por una agente de viajes tenaz, pero de intenciones transparentes: de un feminismo algo elemental, interesada en las medicinas alternativas y en un cierto orientalismo *grosso modo*, convencida de que hay un progreso, aunque sólo sea espiritual. Ideas respetables en sí mismas, pero que son la innecesaria materia de una interminable "tesis" novelística, llena de las agudezas didácticas de la guía turística.

Isabel Allende construye su historia como un taxidermista: toma primero un cuerpo vaciado, una serie de formas arquetípicas; la curte en los bálsamos de un estilo florido, "femenino", "americano", lleno de benevolencia memoriosa y de rasgos de probado exotismo simpático, y lo rellena luego con la estopa de una aventura medio histórica, medio romántica. Escribe sobre gente especial para gente común: su procedimiento global consiste en hacer aceptables las rarezas e inconvencionalidades de sus personajes, mediante un anestesiamiento del juicio del lector que lo mueve a sentirse convencido –él o ella también, mientras dura la lectura– de su propia inconvencionalidad: entendida como el predominio de una presunta verdad del corazón, o sea, convertida de nuevo en convención.

El procedimiento Allende, con su "sabia", apresurada aceptación de las diferencias, es tal que las neutraliza: todo lo que dice, entonces, se vuelve general, y no la historia de unos personajes y episodios particulares. Por eso mismo su esfuerzo de persuasión fracasa: cualquier cosa es aceptable cuando es única, cuando tiene sus propias reglas; lo general, en cambio, tiene unas fronteras muy estrechas.

Nadie puede negar que Isabel Allende es una narradora eficaz, e incluso imaginativa: pero esa eficacia e imaginación son afluentes de un propósito ulterior que las enajena: una visibilidad, un acceso directo a las convenciones de lectura de un público numéricamente amplio. La apuesta comercial puede o no estar en sus cálculos, pero es un dato previo en la matriz de la escritura ♣



ENVIDIA

Elena Poniatowska, autora de Hasta no verte, Jesús mío, *da rienda suelta a sus más bajos sentimientos sin ningún tipo de reparo.*

Nacida en París, pero nacionalizada mexicana, amiga de Octavio Paz, Luis Buñuel y Diego Rivera, Elena Poniatowska no espera demasiado una vez formulada la pregunta para comenzar a envidiar, como si ése fuera uno de sus pasatiempos predilectos. "Me hubiera gustado escribir *La obra en negro* y *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar", dice de un tirón. "Con *Memorias de Adriano* se despierta mi envidia como periodista, porque de ese libro me interesa mucho la capacidad de investigación y luego de transformación del material. Me parece un libro de una erudición y de una inteligencia maravillosas", dice la autora de *La noche de Tlatelolco*, donde relata la masacre de estudiantes mexicanos en 1968.

A la hora de los balances, la autora de *Fuerte es el silencio* no se limita a las novelas: "Me gustaría mucho haber escrito poesía, me hubiera encantado haber escrito como Alfonsina Storni o Juana de Ibarbourou", se permite decir, discretamente nostálgica, para enseguida volver a las novelas, intentando, en vano, dividir la literatura por épocas o regiones, para poder envidiar mejor. "De mis contemporáneos hay una novela llamada *Las posibilidades del odio* de María Luisa Fuga, una escritora amiga mía a la que quiero muchísimo. También me hubiera gustado que se me ocurriera a mí. De los clásicos latinoamericanos, por ejemplo, envidio *Batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco, y *Libertad bajo palabra*, de Octavio Paz. O *Aura* de Carlos Fuentes, donde me fascina la posibilidad de misterio. Me fascinó que en un relato relativamente breve pudiera contar una historia del modo que lo hace. Yo tengo una cierta fascinación cuando leo la brevedad. Igual que en el caso de Jorge Luis Borges. Me hubiera encantado escribir *El Aleph*. Y me hubiera encantado, también, escribir el último libro que leí de Antonio Tabucchi, *Sostiene Pereira*. ¡Todos, miles!", se entusiasma Poniatowska. "Moriré envidiando libros."

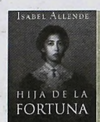
P. M.

WEBEANDO

Fundada en 1957, la librería Santa Fe inauguró su sitio en Internet (**www.lsf.com.ar**) para estar a tono con los tiempos de la globalización. El sitio, diseñado con el formato de un libro, permite acceder a la base de datos de la librería y curiosear a gusto. Así, las búsquedas puede realizarse por título, autor o palabras claves. Identificado un libro, una ficha suministra datos más completos (precio, número de páginas o editorial). Clickeando en el icono del "changuito" se pueden agregan títulos a la lista de compras, que pueden realizarse *on line*. Los pagos pueden realizarse mediante tarjeta de crédito, giro postal o contra reembolso. Los libros, naturalmente, son enviados al domicilio del cliente.

Entre otras virtudes, el sitio ostenta la posesión del catálogo completo de Editorial Alianza, con las colecciones Alianza Cien, Libro de Bolsillo, Minibolsillo, Alianza Forma y Alianza Tres, entre otras. Dato más que interesante para tener en cuenta.

La chica del bandolero



LA HIJA DE LA FORTUNA
Isabel Allende
Planeta
Buenos Aires, 1999
428 págs. $ 21

por Ariel Dilon

La hija de la fortuna —último opus de la chilena Isabel Allende— es un libro de peso: 830 gramos según el amable verdulero de Flores que prestó su instrumental para la verificación. Basta llevar bajo el brazo este paralelepípedo de 25 x 16 x 3 cms durante toda una mañana, y pensar en los miles de damas y caballeros que se sentirán seguramente convocados a emprender las 428 páginas de la travesía, para juzgarnos llamados al compasivo deber de la disuasión.

La novela cuenta la historia de Eliza Sommers, una niña abandonada, recién nacida, en la puerta de la casa de los Sommers —hermana y hermano ingleses, comerciante él, mujer con "cierto pasado" ella— en Valparaíso, hacia el año 1832. Criada a medias como una hija y a medias como una parte de la servidumbre —desde pequeña ayudó en la cocina a la indígena Mama Fresia, una suerte de segunda madre con algo de bruja buena que ya había aparecido en otra novela de una narradora latinoamericana, *Como agua para chocolate*, aquella vez bajo el nombre de Macha—, Eliza crece sin conocer su verdadero origen. Ya una muchacha formada, descubrirá el amor, con sus abrasadores deleites y sinsabores, junto a un romántico joven pobre y revolucionario al que la desesperación empujará a robar y a huir hacia California en plena fiebre del oro. Poco después, huyendo de sus padres adoptivos, Eliza viaja de polizón en otro barco, tras los pasos del amado. Embarazada, helada en la oscura cala de la nave, aborta con ayuda de un oportuno médico chino, Tao Chi'en, y desembarca en San Francisco disfrazadita de hombre (previsión de quienes la asisten para que la chica atraviese a salvo las acechanzas de los tratantes de blancas).

Desde entonces recorrerá las anchurosas tierras del norte convertida en Elías Andieta, el chilenito, acompañando a una madama buenísima y a sus queridas prostitutas —que no sospechan nada y que luego, felizmente, abandonan la mala senda— por un peligroso mundillo de bandidos, oportunistas, buscadores de oro y mujeres de la vida; aprendiendo en esa escuela de la calle montones de cosas —tales como medicina y meditación, y perfeccionando su inglés y sus conocimientos musicales— mientras busca a su amado Joaquín Andieta, de quien (para disimular) dice ser hermano. Entretanto, este último se ha trocado en el legendario Joaquín Murieta, suerte de Robin Hood de América que ciertamente existió, y al que Pablo Neruda dedicó una obra de teatro (*Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*. En el final de la pieza, la cabeza de Murieta, cercenada por los cazadores de recompensas, habla).

Andieta o Murieta, chileno o mexicano, forajido o revolucionario, benefactor de los pobres o salvaje asesino, tal vez aquel muchacho idealista y austero, con aspecto de torero español, que Eliza amó y cuya búsqueda la hizo crecer fuerte, sabia y feliz, es el único personaje de la novela cuyo periplo existencial sobrevive al imperativo de algún interés. Los demás, y para empezar Eliza, cumplen con las etapas de un *tour* diseñado por una agente de viajes tenaz, pero de intenciones transparentes: de un feminismo algo elemental, interesada en las medicinas alternativas y en un cierto orientalismo *grosso modo*, convencida de que hay un progreso, aunque sólo sea espiritual. Ideas respetables en sí mismas, pero que son la innecesaria materia de una interminable "tesis" novelística, llena de las agudezas didácticas de la guía turística.

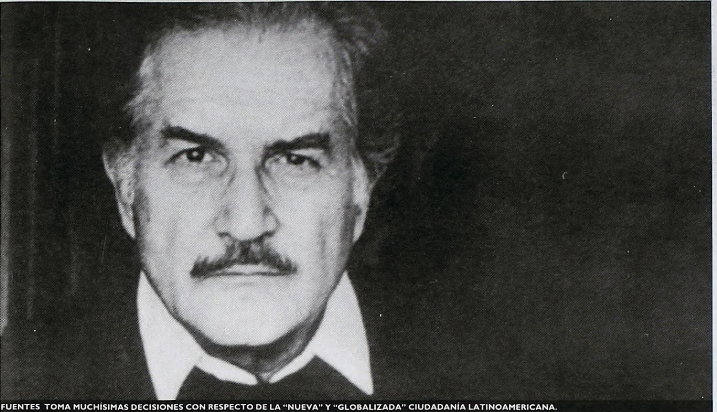
Isabel Allende construye su historia como un taxidermista: toma primero un cuerpo vaciado, una serie de formas arquetípicas; la curte en los bálsamos de un estilo florido, "femenino", "americano", lleno de benevolencia memoriosa y de rasgos de probado exotismo simpático, y lo rellena luego con la estopa de una aventura medio histórica, medio romántica. Escribe sobre gente especial para gente común: su procedimiento global consiste en hacer aceptables las rarezas e inconvencionalidades de sus personajes, mediante un anestesiamiento del juicio del lector que lo mueve a sentirse convencido –él o ella también, mientras dura la lectura– de su propia inconvencionalidad: entendida como el predominio de una presunta verdad del corazón, o sea, convertida de nuevo en convención.

El procedimiento Allende, con su "sabia", apresurada aceptación de las diferencias, es tal que las neutraliza: todo lo que dice, entonces, se vuelve general, y no la historia de unos personajes y episodios particulares. Por eso mismo su esfuerzo de persuasión fracasa: cualquier cosa es aceptable cuando es única, cuando tiene sus propias reglas; lo general, en cambio, tiene unas fronteras muy estrechas.

Nadie puede negar que Isabel Allende es una narradora eficaz, e incluso imaginativa: pero esa eficacia e imaginación son afluentes de un propósito ulterior que las enajena: una visibilidad, un acceso directo a las convenciones de lectura de un público numéricamente amplio. La apuesta comercial puede o no estar en sus cálculos, pero es un dato previo en la matriz de la escritura ♣

LA APUESTA COMERCIAL PUEDE O NO ESTAR EN SUS CÁLCULOS, PERO ES UN DATO PREVIO DE LA ESCRITURA.

La novela del NAFTA



FUENTES TOMA MUCHÍSIMAS DECISIONES CON RESPECTO DE LA "NUEVA" Y "GLOBALIZADA" CIUDADANÍA LATINOAMERICANA.

LOS AÑOS DE LAURA DÍAZ
Carlos Fuentes
Alfaguara
Buenos Aires, 1999
600 págs. $ 24

por Ariel Schettini

El motivo disparador de esta última novela de Carlos Fuentes es un detalle de un mural de Diego Rivera en el que aparecen, como es común en la obra del artista, todas las instancias de la producción, miradas desde una perspectiva militante, comprometida, voluntariamente latinoamericana, y utópica. En ese mural se pueden ver los obreros, los artistas, las máquinas y las banderas militantes, en fin, los símbolos del modernismo latinoamericano. Como marca de autor, Rivera no dejó de incluir en él a su musa, Frida Kahlo, y a varias otras personalidades de su entorno. Entre los muchos hombres y mujeres que Rivera imagina en ese sueño utopista que eran sus murales aparece, como al margen, la imagen de otra mujer: Laura Díaz.

La novela se convierte, a partir de allí, en la recorrida por el siglo XX de la mano de este personaje cuyo lugar marginal en la obra del pintor no hace sino reproducir su lugar en la novela de Fuentes. ¡Atención! Primer momento de extrañamiento del relato: la protagonista de la novela es marginal a su propia historia.

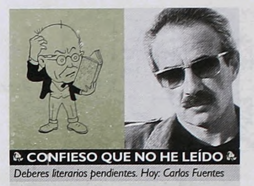
Pero esta novela quiere contar, más allá de su poco feliz título (que en inglés rima: *The Years with Laura Díaz*), la historia de un cierto México, el México de los inmigrantes, el México al que menos se ha narrado por efecto de sus conflictos con el mestizaje, aun cuando la novela histórica mexicana (desde la Revolución en adelante) sea, sin dudas, la más prolífica de Latinoamérica. Si por alguna razón esta novela es importante, es porque en ella se toman tantas decisiones con respecto de la "nueva" y "globalizada" ciudadanía latinoamericana que es prácticamente imposible enumerarlas sin un estudio minucioso.

Todos sabemos que la latinoamericanidad es, desde hace más de un siglo, un tema de debate y de conflicto: Martí decide su refundación desde New York, "a la Whitman", tanto como Rubén Darío la persigue en poemas que la construyen y la celebran. Ya Conrad (en *Nostromo*) había descubierto en las naciones latinoamericanas una mezcla de corrupción, delirio y exceso que las volvían novelescas por exóticas. La definición de lo latinoamericano se planteó siempre como polémica, rechazo y debate.

Fue necesario que ocurriera el *boom latinoamericano* para que el problema del exotismo tomara una forma completamente paradójica. A partir de la década del sesenta, Fuentes participó de esas formulaciones. En todos los casos, sin excepciones, se trataba de una definición que exigía un sacrificio: el exilio, en Cortázar; la impugnación de las definiciones, en Puig; la definición por Cuba, en García Márquez (o contra Cuba, en Sarduy); el sacrificio del cuerpo y la conciencia, o el suicidio, en Arguedas; la recuperación de una tradición guerrera o de malevaje, en Borges; la invocación de un origen perdido, en Octavio Paz. Es evidente que a partir de esta narración Fuentes quiere tomar algún liderazgo (la palabra viene del vocabulario del marketing y la administración empresarial) en el debate sobre las nuevas formas culturales que tiene esta Latinoamérica "reconfigurada" por virtud de pactos regionales.

Los años con Laura Díaz, sin embargo, narra el devenir de una mujer sin que la historia la comprometa. De modo que su paso (y el nuestro, o el de Carlos Fuentes) queda enmarcado por la historia de una fotografía, una detención de la imagen que se parece más a la vida "inocente" de Forrest Gump que a los relatos heroicos o destructivos, siempre fatales, con los que se definió la historia de nuestro siglo. Laura se enamora, viaja, atestigua, mira, recorre, saca fotografías del horror que la circunda, y siempre es la misma. Nosotros, a nuestra vez, seremos los mismos una vez que pasemos por la imperturbable novela de Fuentes.

Y más allá de que el relato intercambie el sacrificio por el devenir sin culpa, a partir de la lectura de esta última novela de Fuentes se puede conjeturar un derrotero en la vida de un escritor latinoamericano que ocupa un lugar privilegiado en el panorama intelectual. El mismo Fuentes que se consagró escribiendo la historia sangrienta y revolucionaria de *La muerte de Artemio Cruz* o el relato oscuro y misterioso de *Aura* nos entrega, al final, una versión domesticada del devenir diverso de la identidad. Como quien supone que Latinoamérica, en este relato enmarcado por dos momentos de la cultura norteamericana (la novela se abre en Detroit y se cierra en Los Angeles), no es más que un detalle más o menos pintoresco en un mural pacificado, tranquilizado por efectos de los nuevos mercados regionales. Ninguna novela podría mejor "ilustrar" (e ilustrar es su propósito, en el mal sentido de la palabra), el acceso de la cultura latinoamericana al mercado internacional (y el acceso de Fuentes como vocero de lo "latino" a las librerías americanas). En un capítulo de "Reconocimiento" final de la novela, el autor se encarga de explicarnos –como buen escritor latinoamericano– que la ficción narrada está ligada a su estirpe de varios modos y que no es sino un relato que cuenta "su" linaje individual en el seno de la historia nacional mexicana. ♣



CONFIESO QUE NO HE LEÍDO

Deberes literarios pendientes. Hoy: Carlos Fuentes

"¿Puedo hacer una horrible confesión?", dice Carlos Fuentes, dando a entender la dimensión de su falta. Sin esperar respuesta, sin ni siquiera tomar un respiro lo dice: "La Biblia. No he leído la Biblia". Y como para disculparse, agrega: "He picoteado por aquí y por allá, pero nunca he leído los libros sistemáticamente". "Quizá porque crecí en Estados Unidos y veía muchas personas enloquecidas por la lectura de la Biblia", continúa. "Consideraba casi como un vicio protestante leer la Biblia y no leerla me reafirmaba en mi cultura católica mediterránea", se justifica el escritor mexicano.

Más allá de la paranoia religiosa que veía a su alrededor, alguna vez se propuso leerla toda, como una novela, pero aquel momento se le vuelve muy difuso. "Leí el *Cantar de los cantares*, y el *Libro de Job*. Esos los leí bien. Y también alguno de los *Evangelios*. Pero hay algunas otras partes, como el *Libro de Samuel* o el *Libro de los Reyes*, que no he leído", confiesa apesadumbrado el autor de *La muerte de Artemio Cruz*.

Tanto lo atrapan los libros, que Carlos Fuentes ha decidido ponerse un tiempo máximo de lectura. Sólo tres horas por día, que no le alcanzan para nada, pero eso parece no preocuparlo. "Uno se va a ir a la tumba con la melancolía de no haber leído ni la quinta parte de los libros que debió leer. A mí, una de las cosas que más me asustan de la muerte son los libros que no leí. Eso me llena de pavor y de angustia. Quisiera irme a una isla desierta con un montón de libros y no hacer otra cosa más que leer hasta el día que me muera. Dejarme de escribir y recrearme en ese otro acto de creación que es la lectura, porque la lectura es tan creativa como la escritura", concluye Fuentes.

Pablo Mendívil

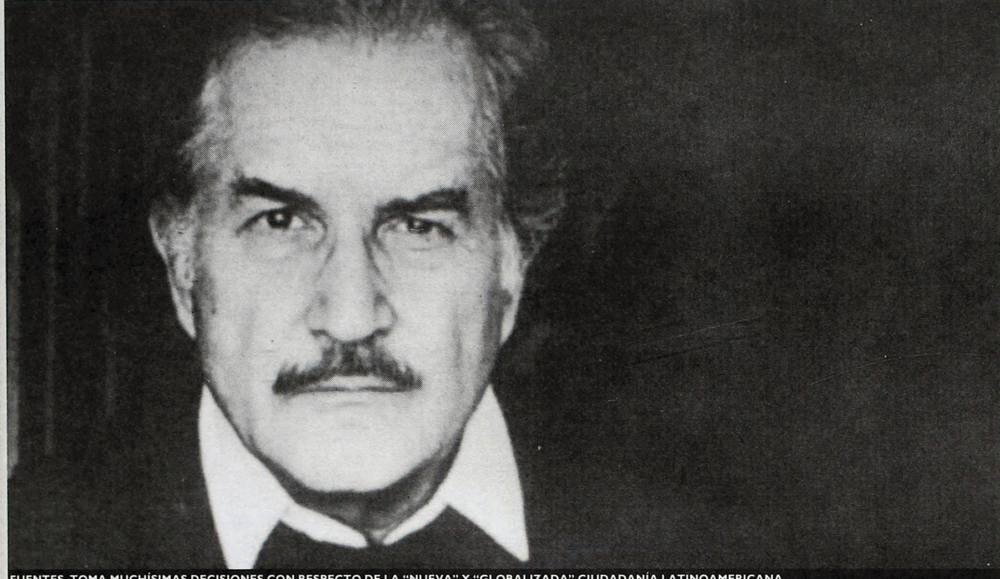
EN OBRA

Roberto Fernández Sastre habla de su próximo proyecto.

Apenas unos meses después de aparecida *El final del infinito*, su última novela, Roberto Fernández Sastre ya se encuentra a mitad de su próximo libro. "Es una historia que se ambienta en un hospital. Yo creo que el mundillo de los hospitales y de las clínicas es un microcosmos que contiene en cierta manera una metáfora de nuestro mundo." Y aunque prefiere no adelantar demasiado de la historia se anima a hablar un poco –sólo un poco– de los personajes. "El protagonista es una persona que entra para hacerse una pequeña intervención quirúrgica y luego, por una serie de causas, no puede salir de allí: se encuentra como atrapado." Reacio a hablar de la historia antes de publicarla, confiesa que no tiene ningún método de trabajo. "Soy caótico. Escribo por impulsos, por lo general un par de horas por la noche, los días que necesito hacerlo. Pero cuando estoy ya metido en el libro completamente, ahí me dejo llevar y escribo hasta la madrugada, o te levantas a las cuatro y escribís hasta las siete. Ya es como un caos, porque como uno se mete adentro, estás en la piel de los personajes".

P. M.

La novela del NAFTA



FUENTES TOMA MUCHÍSIMAS DECISIONES CON RESPECTO DE LA "NUEVA" Y "GLOBALIZADA" CIUDADANÍA LATINOAMERICANA.

LOS AÑOS DE LAURA DÍAZ
Carlos Fuentes
Alfaguara
Buenos Aires, 1999
600 págs. $ 24

por Ariel Schettini

El motivo disparador de esta última novela de Carlos Fuentes es un detalle de un mural de Diego Rivera en el que aparecen, como es común en la obra del artista, todas las instancias de la producción, miradas desde una perspectiva militante, comprometida, voluntariamente latinoamericana, y utópica. En ese mural se pueden ver los obreros, los artistas, las máquinas y las banderas militantes, en fin, los símbolos del modernismo latinoamericano. Como marca de autor, Rivera no dejó de incluir en él a su musa, Frida Kahlo, y a varias otras personalidades de su entorno. Entre los muchos hombres y mujeres que Rivera imagina en ese sueño utopista que eran sus murales aparece, como al margen, la imagen de otra mujer: Laura Díaz.

La novela se convierte, a partir de allí, en la recorrida por el siglo XX de la mano de este personaje cuyo lugar marginal en la obra del pintor no hace sino reproducir su lugar en la novela de Fuentes. ¡Atención! Primer momento de extrañamiento del relato: la protagonista de la novela es marginal a su propia historia.

Pero esta novela quiere contar, más allá de su poco feliz título (que en inglés rima: *The Years with Laura Díaz*), la historia de un cierto México, el México de los inmigrantes, el México al que menos se ha narrado por efecto de sus conflictos con el mestizaje, aun cuando la novela histórica mexicana (desde la Revolución en adelante) sea, sin dudas, la más prolífica de Latinoamérica. Si por alguna razón esta novela es importante, es porque en ella se toman tantas decisiones con respecto de la "nueva" y "globalizada" ciudadanía latinoamericana que es prácticamente imposible enumerarlas sin un estudio minucioso.

Todos sabemos que la latinoamericanidad es, desde hace más de un siglo, un tema de debate y de conflicto: Martí decide su refundación desde New York, "a la Whitman", tanto como Rubén Darío la persigue en poemas que la construyen y la celebran. Ya Conrad (en *Nostromo*) había descubierto en las naciones latinoamericanas una mezcla de corrupción, delirio y exceso que las volvían novelescas por exóticas. La definición de lo latinoamericano se planteó siempre como polémica, rechazo y debate.

Fue necesario que ocurriera el *boom latinoamericano* para que el problema del exotismo tomara una forma completamente paradójica. A partir de la década del sesenta, Fuentes participó de esas formulaciones. En todos los casos, sin excepciones, se trataba de una definición que exigía un sacrificio: el exilio, en Cortázar; la impugnación de las definiciones, en Puig; la definición por Cuba, en García Márquez (o contra Cuba, en Sarduy); el sacrificio del cuerpo y la conciencia, o el suicidio, en Arguedas; la recuperación de una tradición guerrera o de malevaje, en Borges; la invocación de un origen perdido, en Octavio Paz. Es evidente que a partir de esta narración Fuentes quiere tomar algún liderazgo (la palabra viene del vocabulario del marketing y la administración empresarial) en el debate sobre las nuevas formas culturales que tiene esta Latinoamérica "reconfigurada" por virtud de pactos regionales.

Los años con Laura Díaz, sin embargo, narra el devenir de una mujer sin que la historia la comprometa. De modo que su paso (y el nuestro, o el de Carlos Fuentes) queda enmarcado por la historia de una fotografía, una detención de la imagen que se parece más a la vida "inocente" de Forrest Gump que a los relatos heroicos o destructivos, siempre fatales, con los que se definió la historia de nuestro siglo. Laura se enamora, viaja, atestigua, mira, recorre, saca fotografías del horror que la circunda, y siempre es la misma. Nosotros, a nuestra vez, seremos los mismos una vez que pasemos por la imperturbable novela de Fuentes.

Y más allá de que el relato intercambie el sacrificio por el devenir sin culpa, a partir de la lectura de esta última novela de Fuentes se puede conjeturar un derrotero en la vida de un escritor latinoamericano que ocupa un lugar privilegiado en el panorama intelectual. El mismo Fuentes que se consagró escribiendo la historia sangrienta y revolucionaria de *La muerte de Artemio Cruz* o el relato oscuro y misterioso de *Aura* nos entrega, al final, una versión domesticada del devenir diverso de la identidad. Como quien supone que Latinoamérica, en este relato enmarcado por dos momentos de la cultura norteamericana (la novela se abre en Detroit y se cierra en Los Angeles), no es más que un detalle más o menos pintoresco en un mural pacificado, tranquilizado por efectos de los nuevos mercados regionales. Ninguna novela podría mejor "ilustrar" (e ilustrar es su propósito, en el mal sentido de la palabra), el acceso de la cultura latinoamericana al mercado internacional (y el acceso de Fuentes como vocero de lo "latino" a las librerías americanas). En un capítulo de "Reconocimiento" final de la novela, el autor se encarga de explicarnos –como buen escritor latinoamericano– que la ficción narrada está ligada a su estirpe de varios modos y que no es sino un relato que cuenta "su" linaje individual en el seno de la historia nacional mexicana. ♣



CONFIESO QUE NO HE LEÍDO

Deberes literarios pendientes. Hoy: Carlos Fuentes

"¿Puedo hacer una horrible confesión?", dice Carlos Fuentes, dando a entender la dimensión de su falta. Sin esperar respuesta, sin ni siquiera tomar un respiro lo dice: "La Biblia. No he leído la Biblia". Y como para disculparse, agrega: "He picoteado por aquí y por allá, pero nunca he leído los libros sistemáticamente". "Quizá porque creí en Estados Unidos y veía muchas personas enloquecidas por la lectura de la Biblia", continúa. "Consideraba casi como un vicio protestante leer la Biblia y no leerla me reafirmaba en mi cultura católica mediterránea", se justifica el escritor mexicano.

Más allá de la paranoia religiosa que veía a su alrededor, alguna vez se propuso leerla toda, como una novela, pero aquel momento se le vuelve muy difuso. "Leí el *Cantar de los cantares*, y el *Libro de Job*. Esos los leí bien. Y también alguno de los *Evangelios*. Pero hay algunas otras partes, como el *Libro de Samuel* o el *Libro de los Reyes*, que no he leído", confiesa apesadumbrado el autor de *La muerte de Artemio Cruz*.

Tanto lo atrapan los libros, que Carlos Fuentes ha decidido ponerse un tiempo máximo de lectura. Sólo tres horas por día, que no le alcanzan para nada, pero eso parece no preocuparlo. "Uno se va a ir a la tumba con la melancolía de no haber leído ni la quinta parte de los libros que debió leer. A mí, una de las cosas que más me asustan de la muerte son los libros que no leí. Eso me llena de pavor y de angustia. Quisiera irme a una isla desierta con un montón de libros y no hacer otra cosa más que leer hasta el día que me muera. Dejarme de escribir y recrearme en ese otro acto de creación que es la lectura, porque la lectura es tan creativa como la escritura", concluye Fuentes.

Pablo Mendívil

EN OBRA

Roberto Fernández Sastre habla de su próximo proyecto.

Apenas unos meses después de aparecida *El final del infinito*, su última novela, Roberto Fernández Sastre ya se encuentra a mitad de su próximo libro. "Es una historia que se ambienta en un hospital. Yo creo que el mundillo de los hospitales y de las clínicas es un microcosmos que contiene en cierta manera una metáfora de nuestro mundo." Y aunque prefiere no adelantar demasiado de la historia se anima a hablar un poco –sólo un poco– de los personajes. "El protagonista es una persona que entra para hacerse una pequeña intervención quirúrgica y luego, por una serie de causas, no puede salir de allí: se encuentra como atrapado." Reacio a hablar de la historia antes de publicarla, confiesa que no tiene ningún método de trabajo. "Soy caótico. Escribo por impulsos, por lo general un par de horas por la noche, los días que necesito hacerlo. Pero cuando estoy ya metido en el libro completamente, ahí me dejo llevar y escribo hasta la madrugada, o te levantas a las cuatro y escribís hasta las siete. Ya es como un caos, porque como uno se mete adentro, estás en la piel de los personajes".

P. M.



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos esta semana en Librería Don Quijote, de Bahía Blanca

Ficción

1. Verónika decide morir
Paulo Coelho
(Planeta, $ 16)

2. Hija de la fortuna
Isabel Allende
(Sudamericana, $ 21)

3. Toxina
Robin Cook
(Emecé, $ 19)

4. El libro del fantasma
Alejandro Dolina
(Colihue, $ 19)

5. El alquimista
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

6. El caballero de la armadura oxidada
Robert Fisher
(Obelisco, $ 9,50)

7. Lo que me costó el amor de Laura
Alejandro Dolina
(Querencia, $ 28)

8. La quinta montaña
Paulo Coelho
(Planeta, $ 17)

9. Cuéntame tus sueños
Sidney Sheldon
(Emecé, $ 18)

10. Un saco de huesos
Stephen King
(Plaza & Janés, $ 22)

No ficción

1. Las preguntas de la vida
Fernando Savater
(Ariel, $ 17)

2. Antes del fin
Ernesto Sabato
(Seix Barral, $ 15)

3. ¿En qué creen los que no creen?
Umberto Eco - Carlo María Martini
(Planeta, $ 15)**4. Serrat y su época**
Margarita Riviere
(Aguilar, $ 17)

5. Historia del siglo XX
Eric Hobsbawm
(Crítica, $ 20)

6. Los negocios en la era digital
Bill Gates
(Sudamericana, $ 22)

7. Patas arriba
Eduardo Galeano
(Catálogos, $ 20)

8. El águila guerrera
Pacho O'Donnell
(Sudamericana, $ 14)

9. La ilusión de vivir
Enrique Rojas
(Temas de Hoy, $ 17)

10. La inteligencia emocional en la empresa
Daniel Goleman
(Vergara, $ 22)

¿Por qué se venden estos libros?
"El creciente interés por temas que están dirigidos a responder los interrogantes de la vida hace que se mantengan en los primeros lugares de venta autores como Ernesto Sabato, Fernando Savater o Paulo Coelho", dice José Fuentealba, encargado de ventas de *Librería Don Quijote*, de Bahía Blanca.

La otra Argentina



LOS HIJOS DE LA TIERRA
Carlos Martínez Sarasola
Emecé
Buenos Aires, 1998
246 págs. $ 12

por Jorge Pinedo

Viracocha, Pachacamac, Elal, Temaukel, Kénos, Tokwaj, Tumpaeté Vae, Aguará Tumpa, Nguenechen y tantos otros son los nombres de los dioses nativos que fueron sepultados bajo el fragor de la espada y la cruz. Kauchikol, Diansok, Nichigdi, Emak, Saignón, Juanlerai, Queupu, Meliqueo, Sayhueque, Yanquetruz, Painé Guor y tantos otros son los nombres de los jefes, caciques y líderes indígenas que la flaca memoria del blanco convirtió en los primeros "desaparecidos" de la historia. Divinidades demonizadas, huesos escaldándose a cielo abierto, sintetizan los efectos de un etnocidio llevado a cabo en el país de los eufemismos. "Presentados": así se llamó a los nativos de la tierra que se rendían ante el Remington para ser confinados en "reducciones" donde el desarraigo garantizaba su extinción lisa y llana.

Con excesiva modestia caracterizado como un libro para chicos, *Los hijos de la tierra - Historia de los indígenas argentinos* supera con holgura tal distinción. Constituye más bien un ameno *band-book* destinado a desasnar a abuelos, padres e hijos acerca de los pueblos (mal) llamados primitivos que a lo largo de cinco siglos procuraron resistir el avasallamiento de su cultura. Prolijo compendio de un voluminoso texto anterior de Carlos Martínez Sarasola (*Nuestros paisanos los indios*, Emecé, 1992), *Los hijos de la tierra* recorre en tres secciones la cuestión indígena absteniéndose de preconceptos, comprometiéndose con los hechos, evitando el paternalismo y corriéndose de ese edulcorante indigenista ("Dale la mano al indio/ dale que te hará bien...") que empapa la antropología académica vernácula. La primera parte describe el conjunto de las comunidades originarias que poblaron el territorio argentino desde hace diez mil años. De los relictos arqueológicos a los tiempos históricos, Martínez Sarasola formula el inventario de los modos de producción, formas artísticas, creencias, rituales, utensilios, organización social y parentesco de las etnias, cada una de las cuales queda resaltada para el lector por un rasgo sobresaliente de su cultura: corte de las falanges en el duelo chaná, "dueños de los animales" en la tradición guaikurú, sociedades secretas entre los onas.

El impacto producido por la irrupción del hombre blanco ocupa la segunda parte que, con rigor histórico, traza la omitida resistencia de los pueblos nativos, muchos de ellos persistiendo hasta bien entrado el siglo XX. El despojo paulatino de la tierra, la evangelización, el mestizaje, la cultura del caballo, la política, su participación en movimientos emancipadores y populares son relevados con una rigurosidad a la que no se le escapa la palabra "genocidio". Pues no sólo con números y acontecimientos se formula la recuperación de una memoria: pequeños hechos cobran poder paradigmático. Es el caso de los nueve onas expuestos en una jaula durante la Exposición Universal de París en 1899 bajo el cartel "indios caníbales".

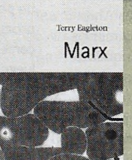


LOS HIJOS DE LA TIERRA ES UN AMENO *HAND-BOOK* DESTINADO A DESASNAR A ABUELOS, PADRES E HIJOS ACERCA DE LOS PUEBLOS QUE A LO LARGO DE CINCO SIGLOS PROCURARON RESISTIR EL AVASALLAMIENTO DE SU CULTURA.

Un minucioso recorrido a través de los sucesivos estatutos jurídicos y políticos de los pueblos indígenas ocupa la tercera y última parte, sin escatimar esas agudas observaciones propias del etnólogo que ha compartido en persona las vicisitudes de las comunidades nativas. Avalado por el conocimiento y la experiencia, el autor obsequia no sólo un panoramaactual, sino también agudas propuestas destinadas a la sociedad, a los administradores del Estado y a los propios pueblos indígenas.

Con la colaboración literaria de César Aira en la adaptación de los manuscritos, *Los hijos de la tierra* llega a fin de compensar la desinformación catódica del *western* no menos que el exotismo comprimido del género documental.♣

PASTILLAS RENOME **por Daniel Link**



COLECCIÓN LOS GRANDES FILÓSOFOS
Grupo editorial Norma
Bogotá
72 págs. $ 6,50

Formulada en términos de pura pedagogía, la colección Los Grandes Filósofos será de gran ayuda para todos aquellos que necesiten introducciones sencillas a la obra de los grandes pensadores. El academicismo británico que domina la selección de textos –ya lo hemos señalado en otra oportunidad– vuelve excesivamente escolásticos estos libritos que podrían servir también para estudiantes secundarios o curiosos de toda laya. Los nuevos volúmenes de la colección son *Russell*, por Ray Monk (asesor editorial de la colección), quien examina la obra de Bertrand Russell a partir de la ecuación "Matemática: sueños y pesadillas". Roger Scruton, en *Spinoza*, recupera las líneas principales que organizan el racionalismo spinoziano. David Berman presenta la filosofía experimental de Berkeley, uno de los pilares del empirismo. El *Marx* de Terry Eagleton, organizado alrededor de la articulación "Marx y la libertad", es probablemente el más interesante de la serie. Eagleton explica los conceptos centrales de la filosofía marxiana y, de paso, demuestra las falacias del pensamiento posmarxista.



COLECCIÓN PELÍCULAS
Paidós
Barcelona
$ 12

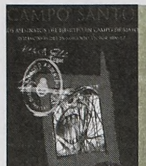
Impresos en un excelente papel, la colección Películas que editorial Paidós acaba de distribuir en librerías presenta estudios críticos sobre "grandes películas". Es ciertamente una pena que las ilustraciones que los libros llevan sean de una calidad tan deficiente: la colección pierde un poco de su sentido porque las fotografías borrosas o pixeladas que profusamente ilustran los libritos sólo sirven para potenciar el carácter de "monografías" que tienen los distintos títulos. Solución de compromiso, las fotos reproducidas sirven sólo para transformar en libro algo que no lo es. Los primeros títulos distribuidos son *François Truffaut. Los cuatrocientos golpes* por Esther Gispert, *David Lynch. Terciopelo azul* por Charo Lacalle y *Charles Laughton. La noche del cazador* por Domènec Font. Todos los análisis propuestos abundan en categorías semiológicas, lo que dificulta la lectura para los neófitos en la disciplina. Como toda herramienta mal usada, la semiología puede ser también un arma. En el caso de estos libros, es un arma mortal que aniquila el deseo de seguir leyendo.



COLECCIÓN *DESDE LA GENTE*
Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos
Buenos Aires
$ 9

Ninguna colección está exenta de pecado porque el "coleccionismo", en sí mismo, tiene un afán de totalización ajeno a nuestra sensibilidad. Toda colección está incompleta por definición. Hay proyectos de colecciones que parten de este presupuesto de incompletud para proponer un mapa del presente completamente azaroso y libre. Es el caso del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, que viene ofreciendo desde hace tiempo excelentes libritos que responden sólo al deseo de editar: todo y cualquier cosa. Con dirección editorial de Mario José Grabivker, la colección lleva publicados más de ochenta títulos, en general recopilaciones de textos breves (ficcionales o no), desde Ezequiel Martínez Estrada hasta Clinton. Los últimos títulos publicados son *A contrapelo*, una serie de conversaciones con Osvaldo Bayer recopiladas por Ulises Gorini, *Trapalanda*, una antología de "Narrativa del imperio del sur cordobés" realizada por Omar Isaguirre, Mónica Parmigiani y Justo Sorondo, y *Pasión y coraje*, una selección de textos sobre "Mujeres que hicieron historia".

El escrache



CAMPO SANTO
Fernando Almirón
Editorial 21
Buenos Aires, 1999
342 págs. $ 20

por Mario Wainfeld

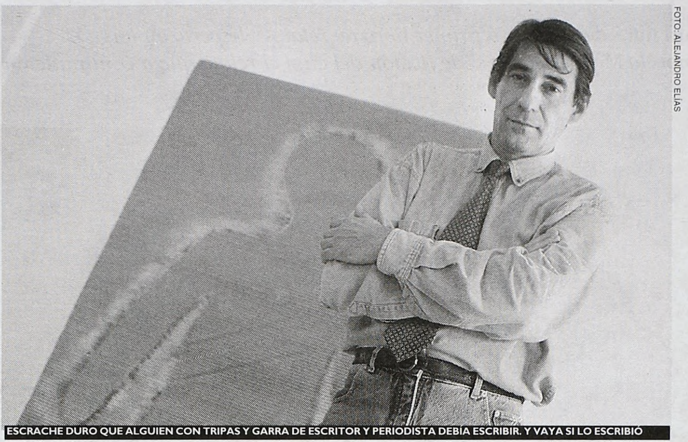


FOTO: ALEJANDRO ELÍAS

ESCRACHE DURO QUE ALGUIEN CON TRIPAS Y GARRA DE ESCRITOR Y PERIODISTA DEBÍA ESCRIBIR. Y VAYA SI LO ESCRIBIÓ

Alguien informó que algo raro sucedía en un departamento de Villa Martelli. Y ahí está un militar, de bajo rango, a punto de entrar sin saber con quién va a encontrarse. Si se hubiera sabido con antelación que detrás de una puerta estaba Mario Roberto Santucho, el líder del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), no hubiera ido a buscarlo un ignoto capitán. Todos los soldados querían para sí el honor de apresar a un guerrillero de primer nivel. Pero no lo sabían. Juan Carlos Leonetti entró y apresó a Santucho, que no gustaba de manejar él mismo armas. Pero el jefe del ERP, experto en defensa personal, se apropia del arma de su captor y dispara contra él. Los compañeros de Leonetti replican, lo capturan y lo llevan malherido a Campo de Mayo. Ahí lo reconocen y llega la orden: hay que curarlo, para poder interrogarlo, para poder torturarlo, para forzarlo, como decían los represores, a que dijera "el ciento diez por ciento" de lo que sabía. Para facilitar tan piadoso cometido, la máquina militar tiene un médico, que se esmera pero fracasa. Santucho muere. Entonces, sus asesinos conservan su cadáver, lo embalsaman (o algo así) y lo usan a título de maniquí en un "museo de la subversión". La notable idea es del general Antonio Domingo Bussi, actual gobernador democrático de Tucumán. Cuando terminaba el ciclo de la dictadura, el general Martín Balza ordena destruir ese museo.

La historia que sintetizo (y que en sí sola vale un libro) es apenas una de las muchas que desgrana el tremendo *Campo Santo* de Fernando Almirón. El Campito, sito en Campo de Mayo, donde murieron alrededor de 4000 personas a manos del Ejército Argentino.

A diferencia de la Armada, cuyo comandante en jefe permitió sobrevivir a algunos prisioneros pensando armar con ellos un fantasmal proyecto político, los soldados no dejaron sobrevivientes. Por eso, poco se sabe de El Campito y por eso el testimonio que es el núcleo del libro de Almirón es el de un milico de baja graduación, un quebrado. El ex sargento Víctor Ibáñez, que estuvo allí y entonces.

Si no fuera lo que es (un represor abrumado por el peso de su conciencia) Ibáñez sería un personaje de la picaresca: huérfano criado en parte por su madre y en parte en internados con monjas siempre dispuestas a pegar piñas. Un pillo que fue en su vida orfebre, talabartero, buen cocinero, ladrón de autos y que no pudo entrar a la Policía porque no le daba (*stricto sensu*) el piné y que recaló en el ejército sanmartiniano. Pero Ibáñez estuvo en El campito, vio cosas horribles y participó en muchas.

Su testimonio es contextualizado por documentos inéditos y por capítulos que encuadran los hechos en el contexto histórico. Pero la columna vertebral es la voz, hecha crónica, del protagonista–testigo.

Almirón lo describe como "un perejil", "algo mitómano", pero sabe que el relato rezuma verdad. Ibáñez es un cuasi lumpen, pero su relato tiene una rara potencia, esa que –algunas veces– encontramos los periodistas: la de quien conoce bien una verdad grave. Una enseñanza esencial del periodismo fluye del libro de Almirón: los protagonistas siempre dicen cosas interesantes acerca de aquello que les concierne, los aqueja, los abruma, les pasa. El más lelo o el más ignorante tiene elaborada su experiencia y puede transmitirla bien si quien los reporta sabe (como prueba saber Almirón) preguntarles, y luego escucharlos y luego registrarlos. Ibáñez suena bien, porque suena veraz hasta cuando describe su infancia con inadvertido giro literario ("Nací en un lugar que no me acuerdo y al que nunca volví"). Y suena cruel cuando, en uno de los capítulos más atroces que se hayan escrito sobre la represión genocida, relata cómo limpiaba por dentro aviones en los que se realizaban "vuelos" arrojando al mar detenidos todavía vivos.

La historia de Santucho o la lógica de una organización que preveía hasta cómo barrer los aviones, hablan de la responsabilidad colectiva e institucional del Ejército Argentino, una organización que abarcaba desde el capitán Leonetti hasta médicos *ad usum* pasando por torturadores y perejiles de maestranza como Ibáñez. Por esos días el jefe del Ejército Martín Balza (que desmontó el Museo y que por ende lo conocía) dice que sólo una minoría del Ejército participó del genocidio. La voz de Ibáñez, trabajada con sutileza y hasta con modestia por el autor, demuestra qué endeble es ese verso.

"El ex sargento Víctor Ibáñez –escribe Almirón– fue parte del aparato exterminador que, después de una meticulosa planificación, la dictadura militar puso en marcha en 1976." Esa tesis es densamente probada por un testimonio único e inédito de un protagonista. "Este es un libro que nadie hubiera deseado escribir", confiesa el autor. Pero él quiso y pudo. Y, en algún sentido, debió. Porque ante los silencios y defecciones del sistema institucional argentino, la memoria, la denuncia y el castigo a los culpables transitan otras vías, entre ellas la del escrache. Escrache duro, este libro que alguien con tripas y garra de escritor y periodista debía escribir. Y vaya si lo escribió.♣

El destino de los otros

por Fernando Almirón

Campo Santo es uno de esos libros que a nadie le gustaría escribir. Es el resultado de un trabajo cuya celebración no contempla festejos. Una edición que no sólo revela por primera vez los miles de asesinatos cometidos por el Ejército en el interior de la guarnición de Campo de Mayo entre 1976 y 1980, cuando la disciplina castrense fue puesta al servicio del horror sistemático y clandestinamente ejecutado con absoluta impunidad desde el Estado; también contiene una historia peor. La que da cuenta de los agujeros presentes en la memoria, y aporta pistas de los fragmentos claves del pasado que faltan conocer.

Me encontré con el ex sargento Víctor Ibáñez en marzo de 1995. Llegó hasta mí con una historia de dudosa credibilidad, pero que contenía algunos datos que resultaban certeros. Después de un mes de trabajo buscando información en los archivos y confrontándolos con las declaraciones de Ibáñez obtenidas a lo largo de varias entrevistas, comprobé la veracidad y el valor del testimonio del militar arrepentido.

La nota en la que se reveló por primera vez la magnitud del exterminio que llevó a cabo el Ejército en el interior de Campo de Mayo apareció publicada en el diario *La Prensa* el 25 de abril de ese año. Un día después, el jefe de la Fuerza, general Martín Balza, reconoció la participación del Ejército en la represión ilegal. Su propio arrepentimiento televisado en el programa del periodista Bernardo Neustadt impidió que avanzara la investigación sobre los hechos de los que Balza dijo y dice estar arrepentido.

Después llegó el libro, que demandó su propio tiempo, un proceso que para mí resultó ser imprevisible y desconcertante. Entre otras cosas porque no tuve en cuenta lo que me iría a suceder a lo largo de los treinta encuentros que mantuve con Ibáñez. Por ejemplo, cuando me mencionó el nombre de dos personas que estuvieron alojadas en El Campito, a las que yo había conocido en mi paso por la organización Montoneros. Me contó cómo fueron secuestradas, torturadas y eliminadas, sin saber que ellas habían sido mis compañeros. Lo escuché sin interrumpir su relato, salvo las preguntas formuladas para llegar al fondo de su narración.

Durante meses nos encontramos para sentarnos uno frente al otro. Un salamín, rodajas de pan, una botella de gaseosa para él, otra de vino para mí sobre la mesa, junto a la libreta, el grabador, y algunos otros papeles recuperados. En más de una ocasión lo consolé cuando un llanto profundo le quebraba la voz, e interrumpía la reconstrucción de la historia. A él, que fue uno de los protagonistas del genocidio.

Pero El Campito no dejó testigos, nadie sobrevivió para dar testimonio de su paso por los galpones sin ventanas de Campo de Mayo, salvo un par de excepciones. Ibáñez representaba la posibilidad de atravesar por primera vez la frontera del silencio, una clave para desentrañar uno de los misterios mejor guardados de la dictadura militar: la magnitud de la participación del Ejército durante la represión ilegal. Y la mejor fuente resultó ser uno de ellos. Y yo el cronista del destino de otros que bien pudo haber sido el mío.♣

INFANTILES

En *Cuentos con magia* (Ameghino, 74 páginas, $ 8), Ana María Shua se propone ir un poco más allá de la tradicional fábula con moraleja y lo consigue. La autora parte de cuatro relatos procedentes de diversas culturas (china, japonesa, judía y mapuche) y toma de ellos el elemento mágico como común denominador. Así se suceden las historias, como la de Ma Liang, que a partir de un pincel mágico puede pintar objetos y seres que cobran vida; el desafío de dos magos japoneses para saber cuál de los dos tiene más poder; el deseo de Miguel por conocer los poderes de la magia y las enseñanzas de un rabino; y un cuento mapuche en el que la protagonista debe enfrentarse al poder de la magia negra. Como conclusión de cada una de estas historias, pero no en el tradicional sentido de la moraleja, la autora comenta distintas instancias de los cuentos, pero siempre de acuerdo con las reglas del juego: qué elementos mágicos debe haber para que el cuento funcione, cuáles son los límites de la magia, y qué aspectos resultan relevantes o novedosos en cada una de los relatos. Todos estos abordajes no sólo sirven como disparador de comentarios posteriores, sino también que en alguna medida, analizan los elementos del cuento, y permiten a los lectores pensarlos como historias con las que ellos pueden interactuar.

También trabajando a partir de relatos tradicionales, Aída E. Marcuse relata en *Lo que cuentan los incas* (Sudamericana, 64 páginas, $ 8) la mitología de la cultura que ocupó la mayor parte del Perú. En orden cronológico, Marcuse relata la formación del imperio desde la llegada de los primeros incas hasta los desarrollos posteriores y la incursión en tierras vecinas. Más allá del interés intrínseco de las leyendas, la autora consigue promover –mediante la utilización de un registro cercano al mito– un mayor interés que el que despertaría un acercamiento histórico. Además del repertorio de fuentes que Marcuse usa para rescatar sus leyendas, el libro cuenta con un mapa de la civilización incaica, un breve vocabulario y un apéndice final con una descripción de los incas en un registro más histórico. Las ilustraciones son de Oscar Rojas.

En un formato más tradicional, la editorial Norma publica *El sapito solitario* del vienés Erwin Moser (traducción de Rafael Arteaga, 120 páginas, $ 8). El volumen, compuesto por una serie de cuentos de animales, comienza por el viaje iniciático que realiza el sapo del título, y continúa con las aventuras de otros animales: las ansias de un gorgojo por ver qué hay más allá de la viga que roe; un *vodevil* que protagoniza una cereza entre un gran número de personajes; la vida optimista de una liebre solitaria, y otros relatos que hablan en gran parte de la importancia de visitar otros lugares y conocer nueva gente. Con ilustraciones del autor, recomendado a partir de los nueve años.

P. M.

EN OBRA

El pirata blanco

La reedición de La virginidad es un tigre de papel, *su primer libro de relatos, despertó en Jorge Di Paola, autor de la sorprendente novela* Minga!, *el deseo de ficción del cual el relato que a continuación se reproduce es una muestra.*

por Jorge Di Paola



EL PIRATA BARBAZUL, EN UN COMBATE MENOS UTÓPICO QUE DEL PIRATA BLANCO, SEGÚN EL RELATO DE DI PAOLA.

No todos los piratas fueron meros asesinos. Llegué a querer a unos de ellos; quiero decir, amé su historia, que alguien me contó en la Tierra de Cumberland, donde dos siglos atrás las naves fondeaban para reparar las arboladuras y proveerse del agua de las vertientes.

Estoy hablando del Pirata Blanco, el utopista. Nadie filmó con él una película rutilante: si carece de sensiblería, el bien es un negocio pésimo.

Misson nació en Provenza, de familia noble. Provenza: durante el medioevo hubo un Renacimiento temprano que anticipó el culto del cuerpo y el amor caballeresco. Misson .-hay desvaríos admirables.- en realidad estaba más dotado para las matemáticas y la lógica que para la espada, la pistola y la depredación.

Los historiadores de la piratería, que registran con ardor los excesos en el mal, han comentado sus hazañas inversas con desconcierto y menor entusiasmo. Como a todos los que buscan el absoluto, lo tentaba el mar océano: es la única metáfora del infinito en esta esfera pequeña, nuestra Tierra.

Un día trocó el álgebra, disciplina en la que se destacaba, por el castillo de proa de "La Victoria", sobre cuya cubierta conoció a un monje dominico de ojos encendidos, llamado Caraccioli, un Quijote con mucho de Sancho, gran bebedor. En la época de Luis XIV colgó los hábitos. Su fe era demasiado amplia para que una sotana la contuviera; abjuró, pero no por ateísmo sino por misticismo. Tenía el poder de convencer o de hipnotizar y pudo convertir a Misson, acaso gracias a su oratoria genial, en el brazo armado de un experimento sobre las aguas que prefiguró un acontecimiento sobre la Tierra: la Revolución Francesa, anticipada un siglo.

Los piratas tendían a ser lacónicos pero este dúo fue verborrágico; la cubierta de "La Victoria" se convirtió en un ágora delirante. Torvos marinos, contagiados o fascinados por esta pareja fantástica, se dedicaron a la retórica y a la democracia directa.

Misson quiso usar la piratería para desviar el curso de la historia y no para acumular el oro de los botines de guerra. Alguien usó una cervecería de Munich con propósito similar, pero para invertirla atrozmente. No se puede confiar en ningún comienzo, por trivial que parezca.

Como corresponde, Misson comenzó por los símbolos y dejó para después los hechos: cambió el pabellón de las tibias cruzadas y la calavera, sobre fondo negro, que todos los chicos conocen, por una enseña blanca sobre la cual se bordaron las palabras Dios y Libertad.

En esa nave de cóncava irrealidad el vocablo soez estará penado con cincuenta latigazos. El gremio blasfemador por excelencia debe hablar como las colegialas ejemplares, o desertar del navío.

Meses más tarde, al pasar fervorosamente a la acción, Misson se apodera de la isla de Madagascar pero la rebautiza Libertalia. La fortifica emplazando cañones que apuntan hacia Europa, anula en acto solemne, con voz tronante, los prejuicios raciales, y proclama la igualdad ante su ley, que quiere poner en práctica la justicia. Fuera de la civilización, prenuncia la declaración de Los Derechos del Hombre. Pero llega a reglamentar la vida comunitaria hasta límites exasperantes. El monje Caraccioli quiere extraer de la resaca humana conseguida en los motines y los abordajes la materia de una humanidad nueva y santa, libre de pecado.

No es un mal principio. El dúo que agitaba la Cruz y la Espada curiosamente odia la metáfora de Babel que .-en la isla poblada por hombres de naciones diversas.- era cotidiana. Ambos obligan a estudiar un lenguaje artificial de su invención, precursor del esperanto. En ese ambiente rudo, Misson no se niega a matar. No hubiera sobrevivido un segundo. Pero, instruido por el monje, impone el remordimiento y la pública confesión del pecado, como ciertas sectas.

"La Victoria" zarpaba para atacar barcos negreros y liberar a los esclavos. Los bautizaba e instruía en la nueva lengua para poblar Libertalia. Estableció tratados de paz entre su nuevo Estado y los aborígenes que habitaban las tierras interiores.

Pero Misson era consecuente y cada día lo atormentaban los remordimientos y las culpas, que los piratas corrientes omitían. No podía soportar la creciente necesidad de homicidios, defensivos o agresivos, como sustento de su utopía. El y sus hombres creían que Francia e Inglaterra preparaban una expedición punitiva, y reforzaron sus defensas costeras.

Se olvidaron de los aborígenes en la selva interior, de tanto interrogar los catalejos a la espera de sus enemigos.

Pero los amigos estaban hartos y las tribus se unieron en secreto.

Conocían el terreno y se movían con sigilo como los animales salvajes. A los piratas los encontraron en sus fortines que miraban al mar, apuntando sus cañones a los barcos que jamás llegaron. Estos idealistas y sus súbditos fueron muertos por la espalda, casi sin disparar un tiro.

La selva se cansó de ellos, supo esperar.♣